

Luchas campesinas en Argentina : la supervivencia de un sujeto incómodo en los albores del siglo XXI	Titulo
Wahren, Juan - Autor/a; García Guerreiro, Luciana - Autor/a;	Autor(es)
En: Conflicto Social Vol. 13 no. 24. (julio-diciembre 2020). Buenos Aires : Instituto de Investigaciones Gino Germani, 2020.	En:
Buenos Aires	Lugar
Instituto de Investigaciones Gino Germani	Editorial/Editor
2020	Fecha
	Colección
Territorio; Movimientos sociales; Luchas campesinas; Estado; Identidad; Argentina;	Temas
Artículo	Tipo de documento
" http://biblioteca.clacso.org/clacso/gt/20210421044851/Luchas-campesinas-en-Argentina.pdf "	URL
Reconocimiento-No Comercial-Compartir Igual CC BY-NC-SA http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO
<http://biblioteca.clacso.org>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.org





Luchas campesinas en Argentina: la supervivencia de un sujeto incómodo en los albores del Siglo XXI

Peasant struggles in Argentina: the survival of an uncomfortable subject at the beginning of the 21st century

Juan Wahren* y Luciana García Guerreiro**

Recibido: 29 de noviembre de 2020

Aceptado: 14 de diciembre de 2020

Resumen: En este artículo abordamos de forma general las luchas campesinas en la Argentina desde comienzos del siglo XX hasta los albores del siglo XXI para identificar y analizar rupturas y continuidades tanto en sus acciones colectivas de protesta, como en los procesos de reconstrucción identitaria, así como su relación con el Estado y otros actores. Abordamos también sus diferentes demandas y los cambios acaecidos en torno a las disputas por la tierra y territorio en relación a los diferentes modelos de desarrollo agrario hegemónicos que se fueron conformando en la Argentina durante los distintos períodos abordados. Para ello nos basamos en bibliografía especializada que trabaja sobre los distintos períodos de la lucha campesina en Argentina, así como nuestros propios trabajos de investigación con diversos movimientos campesinos contemporáneos.

Palabras clave: Luchas campesinas, Movimientos Sociales Rurales, Territorio, Estado, Identidad.

Abstract: In this article we discuss in general terms the peasant struggles in Argentina from the beginning of the 20th century to the dawn of the 21st century in order to identify and analyze ruptures and continuities both in their collective protest actions and in the processes of identity reconstruction, as well as their relationship with the State and other actors. We also address their different demands and the changes that have taken place around the disputes for land and territory in relation to the different hegemonic models of agrarian development that have been shaped in Argentina during the different periods covered. In order to do so, we based ourselves on specialized bibliography working on the different pe-

* Sociólogo y Doctor en Ciencias Sociales (UBA). Investigador Asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Coordinador del Grupo de Estudios Rurales y Grupo de Estudios de los Movimientos Sociales de América Latina en el Instituto de Investigaciones Gino Germani, Argentina. juanwahren@conicet.gov.ar

** Socióloga (UBA). Integrante del Grupo de Estudios Rurales y Grupo de Estudios de los Movimientos Sociales de América Latina en el Instituto de Investigaciones Gino Germani, Argentina. Igarcia@sociales.uba.ar



riods of peasant struggle in Argentina as well as our own research work with various contemporary peasant movements.

Key words: Peasant struggles, Rural Social Movements, Territory, State, Identity.

Introducción

El presente artículo se propone analizar de modo general las luchas campesinas en la Argentina desde comienzos del siglo XX hasta los albores del siglo XXI para identificar y analizar rupturas y continuidades tanto en sus acciones colectivas de protesta, como en los procesos de reconstrucción identitaria, sus procesos de territorialización así como su relación con el Estado y otros actores de los mundos rurales.

En un primer momento, damos cuenta de algunos debates teóricos que se han suscitado en torno a la definición del campesinado y su particular vínculo con el sistema, destacando su resistencia y capacidad de supervivencia a lo largo del tiempo. En un segundo apartado, desarrollamos algunos conceptos provenientes de las teorías sobre los movimientos sociales que consideramos valiosos para el análisis comparativo de los diferentes ciclos de la acción colectiva de los movimientos campesinos en nuestro país. Posteriormente, analizamos diferentes momentos de las acciones colectivas protagonizadas por el campesinado en Argentina. En primer lugar, abordamos los antecedentes de las luchas campesinas, destacando la experiencia de lo que se denominó El grito del Alcorta de 1912, así como las protestas de trabajadores rurales en la Patagonia a principio del siglo XX. Luego, analizamos el surgimiento y desarrollo de las Ligas Agrarias durante la década del sesenta y setenta del siglo pasado. En tercer lugar, nos detenemos en los procesos de (re)organización de movimientos campesinos que se abren durante la década del ochenta y noventa, los cuales tendrán como eje la lucha por la tierra y el enfrentamiento al modelo

neoliberal. Por último, analizamos el despliegue de los movimientos campesinos y sus múltiples articulaciones durante el siglo XXI, destacando la centralidad que asume la lucha por el territorio, así como consignas vinculadas a la soberanía alimentaria, la agroecología y la reforma agraria integral.

Teniendo en cuenta la generalidad del tema abordado no pretendemos lograr una exhaustividad en el relevamiento de las distintas organizaciones campesinas de cada período abordado, sino dar cuenta de la diversidad de experiencias, con organizaciones que tienen un alcance nacional, hasta otras de alcance local, así como algunos de los espacios de articulación más paradigmáticos de las luchas campesinas de la Argentina en el período abarcado.

En términos metodológicos, nos basamos en el análisis de fuentes secundarias y académicas sobre la temática, así como en nuestro trabajo de investigación en el marco del Grupo de Estudios Rurales-Grupo de Estudios de los Movimientos Sociales (GER-GEMSAL) en el que participamos desde el año 2004.

Definiciones sobre una clase incómoda

La definición sobre el campesinado ha dado lugar a importantes debates políticos y académicos en el marco del avance del desarrollo capitalista en el agro; algunos de los cuales se han actualizado a la luz de las recientes transformaciones económicas y sociales ligadas al avance del modelo de agronegocios. Como señalan Giarracca y Aparicio,

los campesinos son agricultores que pueden producir para el mercado, que combinan esa producción con otras para el autoconsumo, pero cuyo rasgo principal es la organización productiva basada en el trabajo familiar. (...) La interacción de estas unidades dentro de sociedades más amplias determina la incorporación de elementos capitalistas como trabajo asalariado, capital, venta de fuerza de trabajo, etc. que hace





que, aún manteniendo la relación social básica, se presenten diversidad de situaciones (1991:14).

Es justamente esa diversidad de situaciones, así como la dificultad para definir fenómenos cambiantes y heterogéneos, lo que hace necesario retomar y actualizar algunas de aquellas viejas discusiones e interrogantes acerca del sujeto campesino y su articulación con el resto del sistema.

Los estudios clásicos de Marx, Lenin, Kautsky, Chayanov, entre otros, han abordado la cuestión agraria a fines del siglo XIX y principios del XX intentando comprender la compleja relación de las pequeñas explotaciones agrícolas y el desarrollo del capitalismo. Mientras la tradición marxista encontraba en el campesinado un sector destinado a desaparecer (para algunos autores, por representar una forma atrasada e incompatible con el desarrollo del capitalismo y, para otros, porque los procesos de diferenciación social inevitablemente conducirían a su proletarización o a su capitalización); otros, como Chayanov, desde la escuela para el análisis de la organización y producción campesinas, sostenían que era necesario comprender la unidad económica familiar en forma diferenciada a la agricultura capitalista, por estar basada su lógica no en la ganancia, la renta o el salario (elementos capitalistas), sino en la satisfacción de sus necesidades familiares.

Tal como señala Sevilla Guzmán (1983), desde las ciencias sociales durante largo tiempo se evitó dar cuenta de la existencia de un modo campesino de producción específico, dejando de lado la antigua tradición europea de los estudios campesinos. La misma fue retomada recién en las décadas del sesenta y setenta del siglo pasado, abriendo nuevamente el debate en torno a la persistencia del campesinado en contextos de modernización capitalista. En ese marco, se desplegó la discusión entre descampesinistas y campesinistas, donde para los primeros el campesinado constituía un resabio no-capitalista que, en el marco de la expansión del capitalismo, desaparecería convirtiéndose en proletariado o en burguesía rural; mientras que para los segundos constituía un modo

de producción con una lógica propia, diferente a la capitalista, que resiste y que subsiste subordinada y, en algunos casos, en forma funcional al desarrollo capitalista (Giarracca, 1999), lo cual reviste a la clase campesina de una cualidad que puede rastrearse en toda la historia de los campesinos a escala global: su capacidad de supervivencia (Berger, 2006).

Una importante contribución al debate provino de Teodor Shanin (1983) quien señala que, a pesar de ser la mayoría de la población de la humanidad, el sujeto campesino no encaja bien en ninguno de los conceptos generales de sociedad moderna. En su definición analítica de campesinado destaca como características principales una relación específica con la tierra; la explotación económica de tipo familiar; la organización social en torno a la comunidad rural; y pautas específicas de desarrollo que la constituyen en un modelo general de vida social particular. La preocupación de este autor está orientada a analizar la incidencia política del campesinado como grupo social diferenciado y, en tal sentido, sostiene que, lejos de las predicciones de los académicos sobre su desaparición, el campesinado ha subsistido.

Algunos autores sostienen que lo que caracteriza a la cultura campesina, en tanto existe y ha existido a lo largo del tiempo, haciendo frente a múltiples formas de hegemonía con intereses contrarios y en relaciones de desigualdad, es cierta dinámica y práctica de resistencia. Es quizás esa carga política, lo que vuelve nuevamente pertinente pensar la cuestión campesina.

Así, hablamos de resistencias y luchas campesinas dando cuenta de la existencia de una constante confrontación y adaptación dialéctica entre las formas de producción campesinas y la voluntad omnipresente y subordinadora del sistema capitalista (Paz, 2006); disputa que se manifiesta en varios niveles y ámbitos y de diferentes modos.





Movimientos Campesinos, Territorio y Autonomía

Para abordar los distintos períodos de las luchas campesinas en Argentina nos proponemos trazar una constelación de conceptos provenientes de las teorías sobre los movimientos sociales que nos permitan sistematizar y analizar los diferentes ciclos de la acción colectiva de este actor social incómodo, que tercamente permanece en la escena política y en los territorios, superviviendo pese a los diversos anuncios de su inevitable desaparición. Un concepto clave, con raigambre en los estudios anglosajones sobre los movimientos sociales, es el de repertorio de acción colectiva (Tilly, 2019). Los movimientos sociales utilizan formas de protesta colectivas flexibles y sujetas a negociación e innovación que constituyen repertorios específicos de la acción colectiva y que se van cristalizando históricamente a través de la práctica de cada sujeto social, a través de generaciones y memorias de la protesta social. Son las formas de protesta utilizadas y/o reinventadas por los actores sociales para visibilizar sus demandas en el marco de la interacción entre antagonistas.

Por su parte, Tarrow (2009) desarrolló la noción de Estructura de Oportunidades Políticas (EOP), la cual refiere al sistema político institucional y los diferentes grados de apertura o de cierre para habilitar o restringir la acción colectiva de los movimientos sociales. De este modo, las relaciones entre los movimientos sociales y el Estado se pueden analizar tanto en clave de oportunidad o de constreñimiento de la acción colectiva.

Asimismo, Tarrow (2009) propuso el término de “ciclo de protesta” para analizar los diferentes flujos de la protesta social por parte de los movimientos sociales en determinados períodos históricos. Implica una expansión de las acciones colectivas de protesta hacia un conjunto de movimientos sociales que se suman con sus propias demandas a las protestas, generando una suerte de efecto contagio entre movimientos hasta llegar a un punto de inflexión, el momento más álgido de las protestas en el cual si no se logran los objetivos de los movimientos, comienza un paulatino agotamiento del ciclo de protesta que puede llevar

a un proceso de institucionalización de los movimientos sociales y sus demandas o a una fase represiva que retrotraiga y/o constriña la acción colectiva de estos movimientos sociales.

Por otro lado, es importante destacar la dimensión identitaria de los movimientos campesinos. Como vimos en el apartado anterior, el campesinado como sujeto colectivo –como clase social y como sociedad en sí mismo- posee una serie de características comunes y, a la vez, presenta múltiples diferencias en espacios y tiempos específicos. Es un actor histórica y geográficamente situado y su componente identitario se va reificando (Melucci, 1991) en su propia práctica política, social, cultural y económica, así también sus demandas se van transformando e incorporando aquellas transformaciones estructurales de la sociedad en la que se encuentran inmersos como actor social específico, construyendo lazos y relaciones con otros actores y movimientos sociales.

En paralelo a la conformación identitaria de los movimientos sociales, Melucci plantea que existen dos fases de la acción colectiva: *lvisibilidad* y *latencia*. En este sentido, hablamos de *latencia* para caracterizar al momento de ausencia de acción colectiva en el espacio público, el momento en el cual los movimientos refuerzan sus lazos solidarios y crean nuevas prácticas sociales, políticas y culturales. Por su parte, la irrupción en el espacio público, el momento de *visibilidad*, tiene una fuerte función simbólica que, por un lado, cuestiona una política particular del sistema hegemónico y, por otro lado, pone en aviso al resto de la sociedad que existen conflictos y contradicciones en el sistema político.

Todas dimensiones de análisis se entraman en la dimensión territorial de los movimientos sociales. En este caso en diversas territorialidades campesinas que implican formas de habitar y practicar los territorios ligadas a esas prácticas y cosmovisiones que se fueron (re)constituyendo de generación en generación. Una territorialidad construida a través de procesos internos de larga duración, y enmarcados por los cambios de las estructuras sociales de las cuales los campesinos forman parte de manera subordinada.





Desde esta perspectiva, el territorio comporta sentidos políticos, sociales y culturales:

[ya que] el territorio no es simplemente una sustancia que contiene recursos naturales y una población (demografía) conformando los elementos para constituir un Estado. El territorio es una categoría densa que presupone un espacio geográfico que es construido en ese proceso de apropiación-territorialización, propiciando la formación de identidades-territorialidades que están inscriptas en procesos que son dinámicos y mutables; materializando en cada momento un determinado orden, una determinada configuración territorial, una topología social (Porto Gonçalves, 2002: 230; traducción nuestra).

Encontramos que en la Argentina, frente a los procesos de modernización capitalista que construyen territorios cada vez más excluyentes y promueven vínculos superficiales y fragmentados, las luchas campesinas habilitan el (re)surgimiento de territorialidades basadas en la defensa de un modo de vida campesino que incluye la lucha por la tierra, la soberanía alimentaria y la resistencia frente al avance del agronegocio.

El territorio actúa como el soporte material que habilita potencialmente la construcción de autonomías por parte de diversos movimientos sociales de América Latina (Wahren, 2011). Así, tanto la idea de autonomía, como las identidades que se forjan y reifican en el devenir de los movimientos sociales son mutables y contingentes, dentro del marco estructural desde donde actúan y construyen sus entramados sociales, configurando sus propias formas instituyentes contrahegemónicas, ancladas justamente en esos territorios en disputa.

Luchas en los distintos períodos. Los antecedentes de las luchas campesinas en Argentina

Un primer antecedente que podemos analizar para pensar la conformación del campesinado en la Argentina es la rebelión del denominado “Grito de Alcorta” que se dio a partir del año 1912 en la zona núcleo de producción agrícola pampeana, abarcando principalmente el sur de las provincias de Córdoba y Santa Fé y el norte de la provincia de Buenos Aires, caracterizada por Plácido Grela como una “rebelión campesina” (1958). Si bien existen diversos planteos e interpretaciones acerca de lo que fue esta acción colectiva, así como el carácter identitario de los sujetos protagonistas de la misma: “agricultores”, “campesinos”, “chacareros”, “obreros agrícolas” (Grela, 1958; Solberg, 1971, Arcondo, 1980; Bidaseca y Lapegna, 2006; Azcuy Ameghino, 2012), creemos que marca un hito fundante en las luchas por la tierra por parte de los sujetos rurales subalternos del siglo XX en la Argentina. Más allá de sus derivas posteriores en la que estos sujetos se convierten en “chacareros” o “farmers” (Bonaudo y Godoy, 1985), el Grito de Alcorta visibiliza una demanda y a un sujeto trabajador de la tierra o campesino sin tierra que hasta entonces no aparecía en la escena pública nacional.

De esta manera el Grito de Alcorta pone en juego a los campesinos como movimiento social, a partir del despliegue de una serie de acciones colectivas de protesta, entre las que destacan la huelga agraria, los cortes de ruta, las movilizaciones y los petitorios, además de multitudinarias asambleas de campesinos en los diferentes pueblos rurales que fueron el epicentro de la rebelión agraria (Grela, 1958, Arcondo, 1980). Podremos observar en los siguientes apartados, como estas acciones colectivas de protesta se convertirán en parte del repertorio modular de acciones colectivas del campesinado en la Argentina en sus diferentes etapas históricas.

Asimismo, las demandas en torno a los arrendamientos puso en debate la cuestión del acceso a la tierra y la reforma agraria (Grela, 1958)





como un proyecto de los actores subalternos de los mundos rurales, a la vez que este conflicto tuvo como saldo organizativo la conformación de la organización gremial más importante de los pequeños y medianos productores agrarios del país: la Federación Agraria Argentina que nucleó a gran parte de estos campesinos que, con el acceso a la tierra y una paulatina (pero limitada) capitalización se fueron transformando en actores “farmers”, “colonos” y/o “chacareros” (Archetti y Stolen, 1975; Bonaudo y Godoy, 1985) reificando así sus identidades, sus formas de producir y de organizarse políticamente durante las décadas siguientes.

Otro antecedente de las luchas campesinas podemos encontrarlo en las protestas protagonizadas, preponderantemente, por trabajadores rurales, pero también campesinos e indígenas, en la denominada “Patagonia Rebelde” (Bayer, 1974). Una serie de huelgas rurales y acciones armadas entre los años 1920 y 1921 en distintos establecimientos agropecuarios de la región patagónica, principalmente en la provincia de Santa Cruz, terminaron configurando un levantamiento de los actores subalternos y la consiguiente respuesta represiva por parte de los terratenientes y fuerzas de seguridad locales y nacionales, incluyendo al propio Ejército Argentino, quienes fueron responsables de las masacres y fusilamientos a los protagonistas de esta revuelta, donde fueron asesinados más de 500 huelguistas (Zubimendy y Sampaoli, 2019). Sus reclamos eran mejoras en sus salarios y condiciones labo-rales, así como una reducción de la jornada de trabajo. Su organización se dio en el formato sindical y algunos de sus referentes tenían militancia previa en organizaciones anarquistas.

Estos dos acontecimientos, si bien no fueron protagonizados por un sujeto propiamente campesino, constituyen los antecedentes más importantes para comprender la consolidación de este sujeto incómodo como un movimiento social central de los mundos rurales de Argentina.

En ambos casos podemos observar que hay una yuxtaposición de identidades políticas y sociales entre las cuales se encuentra el campesinado, pero como una identidad en permanente (re)construcción. El

devenir de estas primeras luchas no implica, entonces, un saldo organizativo en torno a la identidad campesina, pero sí constituyen antecedentes que marcan hitos importantes de las luchas de los sujetos rurales subalternos y plantean algunas demandas y repertorios de acciones, que son en parte retomadas posteriormente por diversas organizaciones campesinas en distintas geografías y momentos históricos de la Argentina. En efecto, el sujeto campesino pervivió y se reorganizó en otras regiones del país –alejados de las zonas núcleo de la producción de granos y ganado– para (re)emergir como un movimiento social en una coyuntura marcadamente diferente y en momentos que comienza la paulatina crisis del modelo agroindustrial (la década del sesenta) que signó la producción agropecuaria desde 1930 hasta fines de los años ochenta del siglo XX.



Las Ligas Agrarias: el campesinado y la Reforma Agraria

A finales de la década del sesenta, en diferentes provincias del Nordeste argentino se consolida una experiencia organizativa de pequeños y medianos productores agrarios, como así campesinos y trabajadores sin tierra, que será conocida como “Ligas Agrarias”. La misma estuvo conformada por diferentes organizaciones, que compartieron gran parte de sus objetivos y acciones, aunque también presentaban particularidades regionales: en la provincia de Chaco se conformaron las Ligas Agrarias Chaqueñas, en Formosa las Ligas Campesinas, en Corrientes las Ligas Agrarias Correntinas, en Misiones el Movimiento Agrario Misionero, en Entre Ríos las Ligas Agrarias Entrerrianas y en Santa Fe la Unión de Ligas Agrarias de Santa Fe.

Varios trabajos se han detenido a analizar las características que ha asumido esta experiencia organizativa (Galafassi, 2005; Ferrara, 1973 y 2007; Rozé, 1992; Lasa, 1990). La gran relevancia que las Ligas Agrarias representan en la historia de las protestas y movimientos rurales de



nuestro país se evidencia, entre otras cosas, en el hecho de que tuvieron una importante presencia regional con impacto nacional (Rozé, 1992).

Estas organizaciones rurales lograron congregar a una gran parte de las familias agricultoras del Nordeste, en su diversidad regional, expresando los intereses de sujetos rurales que habían sido marginados por el “modelo de desarrollo agrario dominante” (Galafassi, 2005). Respecto a los sujetos protagonistas de las Ligas existe cierto debate o disenso acerca de su caracterización. A la posible heterogeneidad de situaciones regionales se suma la diversidad de perspectivas en relación a la cuestión, lo cual ha conllevado que las Ligas Agrarias fueran comprendidas tanto como un movimiento homogéneamente campesino y de carácter fuertemente revolucionario (Ferrara, 1973); como un movimiento caracterizado por su heterogeneidad, derivada de la diferente conformación provincial y estructuras de clase (Rozé, 1992); o como expresión de la lucha de familias colonas y de productores medios que asumen características diferentes al campesinado (Bartolomé, 1982); que en algunas provincias tuvo la participación de trabajadores sin tierra (Barbetta y Dominguez, 2016).

Más allá de las diferentes perspectivas, todas concuerdan en que la conformación de las Ligas resultó de la cristalización de un intenso trabajo de base realizado desde mediados de los años de 1960 por el Movimiento Rural de la Acción Católica,¹ así como por el movimiento cooperativo, en un escenario de un intenso proceso de organización y movilización por parte de los pequeños productores y campesinos de las provincias del Nordeste argentino (Ferrara, 1973, Vommaro, 2011). A partir del trabajo del Movimiento Rural de Acción Católica, ya a fines de la década del sesenta, vastas familias rurales de la región contaban con

¹ Como señala Vommaro, el Movimiento Rural de la Acción Católica, fundado en 1958, tuvo una estrecha vinculación con los sectores de la Iglesia Católica más receptivos a los cambios “que se expresaron en la realización del Concilio Vaticano II (1962-1965) y el nacimiento de la Teología de la Liberación y, en la Argentina, del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo” (2011:192).

experiencia en la organización y participación de grupos con un funcionamiento democrático, tendiente a la horizontalidad; la discusión de cuestiones de su realidad inmediata y nacional, es decir la reflexión sobre su propia práctica; la participación en espacios de formación orientados por las metodologías de la educación popular de Paulo Freire; y la creación de cooperativas de producción y consumo (Vommaro, 2011: 202).



Estos procesos organizativos en los diferentes territorios podríamos comprenderlos como una etapa de latencia de las luchas rurales y campesinas, dado que se caracterizó por el afianzamiento de vínculos solidarios y la experimentación de nuevas prácticas políticas y económicas que configurarán nuevos antagonismos y serán fundamentales, luego, en los momentos de visibilidad y de emergencia de la acción colectiva disruptiva. En este sentido, podemos observar como

el proceso de agitación y concientización generado por el Movimiento Rural en su última etapa junto a esta crisis que generaba una pauperización creciente fueron los condimentos esenciales que permitieron la emergencia de movimientos rurales de protesta en las distintas provincias del nordeste organizados principalmente a partir del nucleamiento de los productores en cada provincia pero con una importante dinámica de articulación y conjunción a nivel regional (Galafassi, 2005: 247).

Estos elementos hacen referencia a cierta estructura de oportunidades políticas, en términos de Tarrow, en un contexto histórico caracterizado por una gran efervescencia política y social, que habilitó la irrupción en la escena pública de las Ligas Agrarias como movimiento social, en el marco de un ciclo ascendente de las protestas sociales a nivel nacional y latinoamericano.

Asimismo, quienes analizan el surgimiento de estas organizaciones rurales señalan que estas luchas campesinas emergentes también estuvieron vinculadas a la baja de los precios de las principales producciones (en particular, el algodón, la yerba mate, el té y el tabaco), la



cual generó un contexto crítico para la economía regional. Esta situación evidenció, por un lado, un aumento en la concentración económica, así como la centralidad que asumían los acopiadores y comercializadores en la compra y venta de la producción. Por otro lado, la situación de concentración de la tierra fue determinante para la activación de las familias agricultoras, siendo que el 75% de las propiedades, ocupaban sólo el 9% de las tierras; mientras que el 1% de las explotaciones se extendían sobre el 37% de las tierras (Ferrara, 1973). De ese modo, los reclamos y las protestas agrarias que se produjeron en las provincias del Nordeste a comienzos de los setenta se orientaban fundamentalmente hacia, en primer lugar, los monopolios de la comercialización, industrialización y exportación de sus producciones y, más profundamente, la posesión latifundista de la tierra. Esos serían sus adversarios fundamentales, junto con el gobierno dictatorial.

Es importante destacar, recuperando a Barbeta y Dominguez (2016), que si bien los reclamos se centraban principalmente en la cuestión de los precios de las producciones, entre las consignas de las Ligas también estaba presente la cuestión del acceso y el derecho a la tierra. En efecto, basándose en la concepción de que “la tierra debe ser para quien la trabaja”, las Ligas Agrarias se oponían a la concentración de la tierra y de los medios de producción reclamando por la implementación de políticas tendientes a promover el acceso y distribución de la tierra para las familias agricultoras y campesinas, que iban desde la reforma agraria mediante expropiación; la aplicación de impuestos a las tierras improductivas; la colonización de tierras; entre otras.

En referencia a sus modos de organización, las Ligas son definidas como organizaciones de base estructuradas sobre métodos democráticos (Ferrara, 2007). En las diferentes colonias,² en forma asamblearia y

² Se denomina “colonia” al resultado de las políticas de colonización agrícola que se desarrollaron en el país desde la mitad del siglo XIX y principios del XX, principalmente en la región del Litoral, a partir de la conformación de núcleos para el establecimiento de agricultores, sobre todo inmigrantes europeos, en tierras privadas o públicas, delimitadas y parceladas previamente.

mediante la participación directa de sus integrantes, se elegían delegados de colonia, quienes cumplían un rol central en la organización de las Ligas en otras instancias de participación y coordinación, como ser Comité de lucha zonal, Unión provincial, Coordinadora Central, Congreso General, Coordinadora Regional del Nordeste y Coordinadora Nacional de Ligas y Movimientos Agrarios (Vommaro, 2011). Así, cuatro elementos asumieron una importancia fundamental para estas organizaciones: consulta con la base, organización, concientización y movilización.

Las acciones que eran desarrolladas por las Ligas Agrarias se centraban principalmente en el reclamo reivindicativo, en la mayoría de los casos dirigido al Estado. Sin embargo, han sido significativas las acciones directas implementadas en diferentes provincias, como han sido cortes de ruta, bloqueos y tomas de galpones acopiadores, acompañando a los paros generales de agricultores. Así mismo, en el caso de la Liga Campesina Formoseña se registraron algunas tomas y ocupaciones de tierras, basadas en la idea de que la tierra debía ser para quien la trabaje. En este sentido, aparece una continuidad con parte del repertorio de acciones observados durante los sucesos de “El Grito de Alcorta” y la “Patagonia Rebelde”, como los cortes de ruta o las tomas de establecimientos de hacendados de la zona, así como la innovación en ocupaciones de fincas ociosas para campesinos sin tierra.

Por otro lado, estas experiencias tuvieron un acercamiento a experiencias de participación política partidaria, ligadas predominantemente con el peronismo, particularmente en la campaña presidencial de 1973 con la candidatura de Héctor Cámpora por parte del Frente Justicialista de Liberación (FREJULI) que implicaba el fin de la proscripción del peronismo en el país desde el año 1955 cuando Juan Domingo Perón fue derrocado como presidente constitucional por un golpe cívico militar. Vastos sectores juveniles, de trabajadores y sectores populares se sumaron a las luchas de la denominada “Resistencia Peronista”, así como también a algunos movimientos armados del peronismo de izquierda como Montoneros, las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) o las Fuerzas





Armadas Revolucionarias (FAR). Las Ligas Agrarias no fueron ajenas a estos procesos de movilización política a escala nacional y algunos de sus referentes y organizaciones de base se sumaron a algunas de estas expresiones políticas de resistencia frente a las dictaduras militares. Esto no sin generar tensiones internas y distintas miradas, a veces contrapuestas, dentro de las propias Ligas, que como vimos, tenían una gran diversidad en torno a sus demandas, sujetos organizados y formas de acción.

Como señalan varios autores, si bien las Ligas Agrarias tuvieron un gran crecimiento durante los primeros años de la década del setenta, a mediados de dicha década presentaban cierto debilitamiento, resultado de la confrontación con el gobierno de facto y de la profundización de conflictos internos. Con la llegada de la dictadura militar a partir de 1976 son ferozmente reprimidas, incluyendo activistas asesinados, desaparecidos, exiliados y presos, marcando la interrupción de estas experiencias de organización rural durante casi una década.

La reorganización campesina y las resistencias frente al neoliberalismo

En el marco de los procesos de recuperación del sistema democrático representativo en la Argentina desde fines del año 1983, (re)aparecen en la escena pública algunos viejos y nuevos movimientos sociales que marcarán la agenda de los conflictos sociales en Argentina por las siguientes décadas; entre ellos, los movimientos campesinos. Con dicho resurgimiento se abre un ciclo de acción colectiva de protesta por parte de estos movimientos sociales signado por un proceso de reconstrucción del entramado organizativo y comunitario, caracterizado, a su vez, por una escasa irrupción en el espacio público con el formato de protesta social. En efecto, en este período las acciones de estos colectivos sociales estuvieron más bien marcadas por procesos

organizativos y de reconstrucción identitaria que podemos caracterizar a partir de la noción de “latencia” (Melucci, 1994), la cual da cuenta justamente del momento en que se producen los replanteos y cambios en la construcción de significados, se generan nuevos códigos y se negocian internamente las estrategias de las acciones colectivas. En este marco se inscriben el surgimiento de organizaciones como el Movimiento Campesino de Santiago del Estero (MOCASE) que, si bien se conforma como tal a nivel provincial en 1990, se da como corolario de un proceso organizativo previo entre distintas comunidades y organizaciones campesinas a nivel local, que comenzaron a articularse en defensa de sus territorios desde principios de la década del ochenta. Del mismo modo, la reconfiguración del Movimiento Agrario de Misiones (MAM) a partir de 1986 da cuenta de una recuperación de la experiencia organizativa de las Ligas Agrarias en la zona, que habían sido ferozmente reprimidas y desarticuladas durante la última dictadura militar. Esto mismo sucede con la Unión de Pequeños Productores del Chaco (UNPEPROCH) que retoma en parte las experiencias liguistas en la provincia en su recomposición organizativo también a mediados de los ochenta. No podemos comprender cabalmente la emergencia de estas organizaciones sin las redes latentes que permanecieron ocultas en los territorios campesinos durante los años oscuros de la dictadura militar y que, en el marco de una apertura de las oportunidades políticas signadas por el retorno del sistema democrático, empezaron a rearticularse para re-emerger en el espacio público en un nuevo ciclo de visibilidad y lucha por viejas y nuevas demandas de un campesinado en reconstrucción política e identitaria.

Cabe mencionar que todo este proceso organizativo de las organizaciones campesinas tuvo en varios casos una fuerte influencia de la Iglesia Católica, particularmente de los sectores más progresistas ligados a la Teología de la Liberación. Con respecto a las organizaciones campesinas es notoria la influencia y el accionar de curas y párrocos de base en los procesos organizativos, así como de ONG ligadas a estos sectores de la Iglesia, como es el Instituto de Cultura Popular (INCUPO), tanto en





el caso del MAM como del MOCASE y la UNPEPROCH, sobre todo durante los años ochenta.

Este proceso de influencia de la Iglesia, ligado a lo que Zibechi (2003) señala como una de las principales vertientes que conforman a los movimientos sociales latinoamericanos, va a perder fuerza posteriormente, cuando las acciones colectivas de los movimientos campesinos se radicalicen en defensa de sus territorios y cuando el proceso identitario fue acrecentando las diferencias con la Iglesia Católica, sobre todo con la estructura hegemónica de la misma, profundamente conservadora y que nunca aceptó la acción evangelizadora de la Teología de la Liberación (e incluso, la combatió).

Durante la década del noventa los movimientos campesinos empezaron a protagonizar acciones de resistencia que afloran en los mundos rurales, fundamentalmente, contra el avance de las reformas neoliberales impulsadas por el gobierno nacional de Carlos Menem.

Simultáneamente los movimientos campesinos empiezan a cobrar cierta autonomía, tanto del Estado como de la Iglesia y los partidos políticos. A comienzos de este período los movimientos luchaban por el acceso y/o reconocimiento a sus tierras, así como resistían el avance de emprendimientos del naciente agronegocio que comenzaba a ampliar, con cada vez más ímpetu, la frontera agropecuaria (Giarracca y Teubal, 2008).

La clásica demanda por el acceso a la tierra se va transformando paulatinamente en una demanda más integral de (auto)gestión y/o autodeterminación del territorio -en parte por influencia de los procesos de reemergencia indígena que se dieron en toda América Latina por estos años (Bengoa, 2009)- aunando las dimensiones productivas con las culturales e identitarias. En este proceso, la estrategia defensiva en torno a la tierra se transforma en una estrategia propositiva donde lentamente se van construyendo alternativas societales en esos “territorios insurgentes” (Wahren, 2011), espacios en que las comunidades campesinas van conformando diversas experiencias de vida en contraposición con las formas hegemónicas coloniales y capitalistas.

En este punto cabe mencionar la experiencia de las ferias francas, que se desarrolla en la provincia de Misiones y luego se expande a varias provincias argentinas. A comienzos de la década de los noventa, el Movimiento Agrario de Misiones (MAM), junto con otras organizaciones e instituciones de la provincia, abrió la discusión y la búsqueda de nuevas estrategias económicas para las familias agricultoras a través de las ferias francas que impulsaron la recuperación de prácticas agroecológicas, la organización de la economía social y una relación más directa entre productor y consumidor. Este formato se fue multiplicando paulatinamente por todo el país y desde diversos movimientos campesinos.

En paralelo, desde mediados de los noventa en la provincia de Jujuy se conforma la Red Puna como espacio de articulación y referencia regional, que contiene en su seno –no exenta de tensiones– identidades indígenas y campesinas y que impulsa tanto las disputas territoriales como la construcción de canales de comercialización alternativos y cooperativos con mucho éxito en el nivel local y provincial.

Simultáneamente en Chaco, la UNPEPROCH comenzó un proceso de tomas de tierras fiscales o privadas abandonadas en distintas regiones de la provincia para recuperar territorios para las familias campesinas, conformando una serie de “Reservas Campesinas” de uso familiar y/o comunitario desde la cual éstas “expresan y construyen una acción anclada en la recreación de una territorialidad campesina” (Astelarra et. al., 2014:430). En este período se forman también diversas organizaciones de base campesina en el centro y norte de la provincia de Córdoba, entre ellas la Asociación de Pequeños Productores del Noroeste de Córdoba (APENOC) y Unión Campesina de Traslasierra (UCATRAS) que junto a otros agrupamientos similares terminarán confluyendo años después en la fundación del Movimiento Campesino de Córdoba (MCC).

Vemos así que el movimiento campesino atraviesa una etapa de expansión organizativa en un doble movimiento: por un lado, un proceso defensivo del territorio frente al ya mencionado avance de la frontera





agropecuaria (Giarracca y Teubal, 2008), que comienza a arrinconar y despojar a los territorios habitados por las comunidades campesinas; por otro, un proceso de recuperación identitaria y de recuperación de tierras improductivas que son ocupadas para ser puestas en producción bajo lógicas propias de las organizaciones campesinas, en contraposición con el modelo productivo del Agronegocio. Esta última forma de acción colectiva comenzó en este período, pero se extenderá con mayor fuerza durante el ciclo siguiente.

El movimiento que muestra un mayor crecimiento es el MOCASE, que se expande por casi toda la provincia y se convierte en una organización paradigmática para otros movimientos sociales rurales y urbanos por combinar la radicalidad de las acciones de protesta por medio de la acción directa (cortes de ruta, movilizaciones, etc.) con la práctica de la autodefensa territorial para evitar los desalojos y la construcción de una territorialidad contrahegemónica o “insurgente” en los territorios en disputa. De esta manera, el ejemplo del MOCASE fue importante para experiencias organizativas de otras provincias habilitando, junto con otros factores, la conformación de nuevas organizaciones campesinas en otras provincias (García Guerreiro, Hadad y Wahren, 2018).

Por último, cabe agregar que en esta etapa se afianza la noción de Soberanía Alimentaria como una demanda y, a la vez, un concepto clave de las luchas campesinas en Argentina, pero también a nivel latinoamericano y global (García Guerreiro y Wahren, 2016). Esta demanda se asoció rápidamente a la de Reforma Agraria y a la defensa y recreación de los territorios campesinos de forma integral.

Extractivismo, luchas campesinas por el territorio y relaciones con el Estado

Una de las características principales de la nueva etapa que se despliega desde principios de siglo XXI hasta la actualidad es que se

produce un afianzamiento de la (re)construcción territorial donde se despliegan estas formas societales alternativas en el marco de una profundización y consolidación del modelo extractivo que implicó un nuevo avance por sobre los territorios campesinos.

Por otro lado, se da un proceso de reconstitución de la institucionalidad estatal, del cual los movimientos campesinos –o por lo menos algunas de sus organizaciones más importantes– no fueron ajenos. Este último ciclo se enmarca en un proceso de re-institucionalización de la política en el que, a partir de los gobiernos kirchneristas, se relegitiman algunas de las instituciones estatales y formatos políticos institucionalizados en general, y donde diversos movimientos sociales que habían protagonizado las resistencias al neoliberalismo asumen posiciones cercanas a los gobiernos kirchneristas, incluyendo en esta constelación de movimientos sociales algunas organizaciones campesinas, indígenas, así como movimientos territoriales urbanos, fábricas recuperadas, entre otros. En este marco, los movimientos son interpelados a participar y transformar sus realidades desde adentro de la esfera estatal, así como a transformar el Estado “desde adentro”.

Pero simultáneamente a este proceso de institucionalización de algunos movimientos sociales y un reflujo de las acciones colectivas de protesta, emergen en distintas geografías del país una serie de conflictos que se han englobado bajo el nombre de “socio-ambientales”, en lo que Svampa (2012) ha denominado el “giro eco-territorial” de las luchas. Una multiplicidad de actores sociales locales van convergiendo en estas disputas que rearticulan las luchas por el territorio, permitiendo la vinculación de las nacientes asambleas ciudadanas de distintos pueblos con movimientos campesinos y comunidades indígenas, así como organizaciones ecologistas (García Guerreiro, Hadad y Wahren, 2018). Es por ello que planteamos que la apertura de este nuevo ciclo en las disputas por el territorio da cuenta de la ampliación de los actores involucrados y la consolidación de la demanda territorial-ambiental que complementa las demandas anteriores del acceso a la tierra y al reconocimiento político y





cultural. El territorio y lo ambiental en sentido amplio aparecen como los elementos estructurantes y ordenadores de estas luchas.

En este marco de intensificación del modelo de desarrollo extractivista, principalmente ligado a la megaminería, los hidrocarburos y los agronegocios, se profundiza la violencia rural por parte del Estado como por parte de empresas y actores privados que disputan los territorios con los diversos movimientos sociales rurales. Esto genera una serie de hechos represivos en distintas provincias con alta conflictividad territorial, algunos de los cuales provocaron la muerte de miembros de diversos movimientos indígenas y/o campesinos.

En torno al movimiento campesino, durante los primeros años de este período, se observa una multiplicación de experiencias de organización y resistencia campesina en diferentes provincias del país, como es el caso de la creación en la provincia de Mendoza de la Unión de Trabajadores Sin Tierra (UST) y la Organización de Trabajadores Rurales de Lavalle (OTRAL) entre el año 2001 y 2002; en Misiones de la Comisión Central de Tierras de Pozo Azul (CCT), la Unión de Trabajadores Rurales del Noreste Misionero (UTR), las organizaciones Productores Unidos de Santiago de Liniers (PUSALI) y Productores Independientes de Piray (PIP); entre otras. Asimismo, se dan una serie de articulaciones entre las que se destaca la creación en el año 2003 del Movimiento Nacional Campesino Indígena (MNCI) que, como resultado de una década de articulación previa en torno a la Mesa Nacional de Productores Familiares, ha agrupado a organizaciones de base y de segundo grado de diferentes provincias: el Movimiento Campesino de Córdoba (MCC), el Movimiento Campesino de Santiago del Estero (MOCASE), la Unión de Trabajadores Rurales Sin Tierra de Mendoza y San Juan (UST), la Red Puna y Tierra Fértil de Jujuy, Encuentro Calchaquí de Salta, Coordinadora de Trabajadores Rurales de Misiones (COTRUM), el Movimiento Campesino de Neuquén (MCNN) y el MNCI Buenos Aires (con núcleos organizativos principalmente en algunos distritos del conurbano bonaerense). El MNCI, a su vez, se articula a nivel internacional participando de la Coordinadora

Latinoamericana de Organizaciones del Campo (CLOC) y la Vía Campesina (VC). Cabe mencionar que durante el año 2020, tras la manifestación de diferencias que se volvieron irreconciliables, algunas organizaciones que formaban parte del MNCI (entre ellas la UST, Red Puna, MCC, MCNN) se rearticularon conformando el MNCI-Somos Tierra. Ambos espacios se mantienen dentro de la CLOC y VC.

Otro espacio de articulación es el que se dio en torno al Frente Nacional Campesino (FNC), en el marco del denominado conflicto entre “el campo” y el gobierno en 2008, compuesto por el Movimiento Campesino de Santiago del Estero de Los Juríes, el Movimiento Agrario de Misiones (MAM), el Movimiento Campesino de Jujuy (MOCAJU) y el Movimiento Campesino de Formosa (MOCAFOR).

Asimismo, otro proceso organizativo que comienza en esta etapa se encuentra ligado a los territorios rururbanos donde campesinos y trabajadores rurales producen hortalizas, verduras, flores y frutas orientadas a los mercados agroalimentarios de las grandes ciudades como Buenos Aires, La Plata y el conurbano circundante, la denominada Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA). En el año 2005 emerge la primera organización en estos territorios –la Cooperativa de Trabajadores Rurales (CTR) que forma parte actualmente del Frente Popular Darío Santillán-Corriente Nacional (FPDS-CN)– puntualmente en la zona rural del municipio de San Vicente, donde vecinos de barrios populares de la ciudad, junto a activistas de la organización y pobladores rurales de la zona conforman un espacio organizativo y cooperativo para producir alimentos, principalmente hortalizas, verduras, leche, quesos y otros derivados lácteos, huevos y carne de distintos animales que crían de forma conjunta y se constituyó en la primera experiencia de rearticulación campesina en la zona rururbana de la Provincia de Buenos Aires.

En el año 2010 se funda en la zona rururbana del Parque Pereyra Iraola –cerca de la ciudad de La Plata– la Unión de Trabajadores de la Tierra (UTT), como un desprendimiento de la CTR, articulando a diversas familias de productores hortícolas de esta zona donde se concentran gran





parte de los trabajadores rurales y/o campesinos del AMBA. La organización fue creciendo exponencialmente, en toda la región y simultáneamente fue incorporando diversas organizaciones campesinas en distintas provincias del país.

Esta organización adquirió un fuerte protagonismo en las luchas campesinas de este ciclo a partir de la innovación del repertorio de acciones de protesta campesina con la realización, además de movilizaciones y cortes de ruta, de ferias populares –denominados “Verdurazos”- donde regalaban o vendían a precios populares frutas y verduras en las plazas centrales de las grandes ciudades para visibilizar sus principales demandas: precios dignos para sus productos, acceso a la tierra, apoyo a la producción frutihortícola e infraestructura y servicios en sus territorios. Esta innovadora forma de protesta generó una visibilidad y legitimidad a los reclamos de este sujeto que, aún viviendo en las orillas rururbanas de las grandes ciudades, había estado invisibilizado hasta entonces.

Por otra parte, se constituyó en el año 2014 el MTE Rural (su primera denominación fue Movimiento de Pequeños Productores), que es la rama agraria del Movimiento de Trabajadores Excluidos (MTE) que agrupa a nivel nacional, además de pequeños productores rurales, a cartoneros (recicladores urbanos populares), trabajadores de la economía popular, cooperativas de trabajo y otras expresiones de trabajadores informales y/o precarizados, y tiene presencia en varias provincias del país (Pinto, 2020).

Además de estas experiencias, emergieron otras organizaciones similares como la rama Rural del Movimiento Popular la Dignidad en diferentes provincias; la UST Campesina y Territorial como un desprendimiento de la UST de Mendoza; el Movimiento Campesino de Liberación, con presencia en distintas provincias y ligado al Partido Comunista; el Frente Agrario Evita como espacio rural del Movimiento Evita, entre muchas otras organizaciones campesinas y de actores rurales subalternos.

Una parte sustancial de estas organizaciones confluyeron en el año 2019 en un encuentro que articuló diversas luchas de los movimientos sociales rurales, principalmente campesinos, pero también pueblos indígenas y productores familiares: el Foro por un Programa Agrario Soberano y Popular donde miembros de organizaciones provenientes de todo el país debatieron en torno al acceso a la tierra y el territorio, los impactos sociales, ambientales y sanitarios del modelo de agronegocios, fomento de la producción y comercialización de las agriculturas campesinas e indígenas y de la Agroecología así como políticas públicas orientadas hacia el sector. Una de las principales conclusiones del Foro Agrario fue la necesidad de impulsar las acciones y debates por una reforma agraria integral, retomando viejas luchas y tradiciones de los movimientos campesinos, en conjunción con la demanda de Soberanía Alimentaria y la promoción y expansión de la agroecología como forma productiva alternativa a los agronegocios (Hadad, Palmisano y Wahren, 2020).

En este plano, la multiplicación de organizaciones campesinas pareciera indicar una profundización del ciclo de protesta del movimiento campesino, en el marco de un fortalecimiento del modelo de agronegocios y extractivo en todo el país, pero al mismo tiempo, se consolida una apertura de la estructura de oportunidades políticas que expresan los sucesivos gobiernos kirchneristas para la relación cada vez mayor de los movimientos campesinos con el Estado, las políticas públicas y los recursos estatales. Por su parte, desde el Estado se crea, en el año 2006, en el ámbito del Secretaría de Agricultura, Ganadería y Pesca, el Foro de Organizaciones Nucleadas de la Agricultura Familiar (FONAF), con la pretensión de generar un espacio institucional de representación de las organizaciones campesinas e indígenas dentro del Estado.

Asimismo, como expresión de la mayor institucionalización que asume el sector, en 2008 el Programa Social Agropecuario (PSA), una de las pocas políticas orientadas a apoyar a nivel nacional los mundos campesinos e indígenas, es convertido en Subsecretaría de Desarrollo





Rural y Agricultura Familiar (SENAF), incorporando en su seno a importantes referentes e integrantes de los movimientos campesinos, algunos de los cuales ya venían participando como funcionarios del PSA desde el año 2006. Esto se vio reforzado aún más en el año 2014 cuando este organismo pasa a tener el rango de Secretaría y se fortalece dentro de la misma la gestión de referentes del MNCI y del Frente Agrario Evita. En el interregno del gobierno conservador/neoliberal de Mauricio Macri, se desmantelan algunas de estas políticas públicas, se despide a gran parte de los trabajadores de la SENAFA y los movimientos campesinos quedan alejados de la gestión de la política pública orientada hacia su sector.

Con la vuelta al gobierno del kirchnerismo a partir del año 2020, estas vinculaciones se vuelven a profundizar. En efecto, en el marco del Ministerio de Agricultura Ganadería y Pesca (MAGyP), el gobierno de Alberto Fernández le devolvió el rango a la ahora rebautizada Secretaría de Agricultura Familiar, Campesina e Indígena (SAFCI), designando en su coordinación a referentes del Movimiento Evita Rural y del Movimiento de Trabajadores Excluidos Rural (MTE Rural). Asimismo, referentes de estos movimientos, así como del Movimiento Nacional Campesino Indígena-Vía Campesina (MNCI-VC) ocupan importantes cargos como funcionarios y/o asesores.

Por último, se encuentra la que es quizás la experiencia más interesante de articulación entre el Estado y los movimientos sociales rurales: el Mercado Central de Buenos Aires³ con la gestión de la Unión de Trabajadores de la Tierra (UTT) desde el año 2020. Lo más sobresaliente de esta experiencia resulta en que es la primera vez que un movimiento social rural tiene la gestión formal de un organismo estatal que regula una rama hegemónica de producción específica, en este caso el complejo fruti-hortícola, y no solamente los organismos que se focalizan en los actores subalternos de los mundos rurales.

³ El Mercado Central, es el principal mercado de abasto frutihortícola de la Argentina y tiene bajo su órbita la comercialización de gran parte de los alimentos que se distribuyen en la región del AMBA, abarcando a más de 14 millones de personas.

Lo que se observa en este período es una mayor relevancia del Estado en las demandas e interacciones de las organizaciones campesinas que llevan incluso en varios casos a disputas por la participación en la gestión del mismo o parte del mismo. En este marco, podemos observar que el actual gobierno de Alberto Fernández actúa en dos líneas contradictorias entre sí: por un lado, profundiza el modelo del agronegocio y de una tecnología funcional a los intereses del gran capital transnacional y del modelo extractivo en general. Por otro lado, plantea algunas políticas públicas orientadas hacia la agroecología y las agriculturas campesinas e indígenas aunque con un presupuesto mucho menor que el orientado a promover a los sectores del modelo de Agronegocios.

Cabe mencionar también las múltiples articulaciones en la lucha que se fueron gestando entre diversas organizaciones campesinas y movimientos sociales urbanos –movimientos de desocupados, organizaciones estudiantiles, empresas recuperadas y cooperativas, etcétera–, que aunaron fuerzas para acciones que van desde la realización de movilizaciones y protestas en el espacio público, hasta la construcción de propuestas concretas como redes de comercialización solidaria de productos campesinos y/o agroecológicos.

En términos de la esfera productiva, podemos afirmar que en esta etapa se consolida una apuesta por la agroecología, como forma de producción alternativa al modelo de desarrollo de los agronegocios, que combina saberes académicos y agronómicos con saberes indígenas y campesinos ancestrales para producir en armonía con la naturaleza y sin insumos externos de origen industrial (agrotóxicos, fertilizantes, etcétera) que permiten producir alimentos más económicos, sin contaminantes y reduciendo los impactos sanitarios y ambientales que general el modelo hegemónico. Así la Agroecología se suma paulatinamente a esta constelación de demandas y conceptos emergentes desde los movimientos campesinos junto con la Soberanía Alimentaria y la Reforma Agraria Integral y Popular.

En este sentido nos interrogamos acerca de si estas experiencias





de resistencia y construcción de alternativas permiten hablar de cierta recampesinización de la agricultura que, aunque esté emergiendo desde los márgenes del régimen agroalimentario mundial, constituye una respuesta de resistencia al impacto sobre la agricultura del neoliberalismo y la globalización económica (Sevilla Guzmán y González de Molina, 2004).

De este modo, los diferentes movimientos sociales campesinos de la Argentina promueven la recuperación de sus saberes tradicionales, la defensa y acceso a sus territorios y el despliegue de prácticas agroecológicas. A esto se suma la noción de Soberanía Alimentaria, vinculando el problema del acceso de alimentos con el respeto a la cultura productiva, a los saberes locales de los pueblos y al paradigma productivo de la agroecología; el cual está basado en el uso de insumos bio-ecológicos (sin agrotóxicos ni fertilizantes de origen industrial), la pequeña y mediana escala productiva, la comercialización en mercados de cercanía y un horizonte emancipatorio que cuestiona la lógica de explotación de la fuerza de trabajo y de la naturaleza suplantándola por una lógica de reciprocidad y solidaridad, tanto entre productores como con la propia naturaleza (García Guerreiro y Wahren, 2016).

Así la noción de Soberanía Alimentaria y la de Agroecología abonan a la resignificación de una vieja demanda campesina, que ya vimos que aparecía en las primeras luchas del siglo XX, principalmente en el “Grito de Alcorta”, y que fue retomada con fuerza por las Ligas Agrarias en las décadas del sesenta y el setenta del siglo pasado: la Reforma Agraria. Actualmente, además de reclamar el reparto de las tierras, esta demanda implica también una recuperación integral de los territorios rurales que incorpore múltiples dimensiones como la educación, la salud, y una forma de producción alternativa, asociada a la reciprocidad con la Naturaleza y a la producción de alimentos para el autoabastecimiento y los mercados locales. Por eso los movimientos sociales rurales hablan de una Reforma Agraria Integral, o una Revolución Agraria.

Conclusiones

A lo largo del siglo XX y a comienzos del siglo XXI podemos observar como el campesinado como sujeto y clase incómoda ha sobrevivido a, por lo menos, tres modelos de desarrollo agrario hegemónico: el modelo agroexportador, el modelo agroindustrial y el modelo de agronegocios. En cada uno de los períodos abordados en el presente trabajo podemos vislumbrar un repertorio de acciones que mantiene una línea importante de continuidad en las movilizaciones, los cortes de ruta, las asambleas de base, la autodefensa territorial, a las que se fueron sumando las ocupaciones de tierra y los “Verdurazos” o ferias populares en espacios públicos. La huelga agraria como repertorio ligado más a la tradición de los trabajadores rurales fue perdiendo peso en el repertorio de acción campesina y de los actores subalternos rurales que fuimos analizando.

Por otra parte, se puede afirmar que el campesinado ha actuado de forma flexible de acuerdo a las distintas coyunturas y estructuras de oportunidades políticas que se le han presentado a lo largo de estos diferentes períodos, combinando estrategias de confrontación con otras de armado de alianzas y negociaciones con otros actores político-sociales y/o con el Estado.

Asimismo, los procesos identitarios del campesinado, así como su despliegue organizativo, ha sido dinámico, fluctuando de acuerdo a cada período histórico, pero manteniendo algunas de sus demandas básicas que se fueron enriqueciendo a lo largo del devenir de las luchas campesinas. De la lucha por el acceso a la tierra y la concreción de la Reforma Agraria, hasta la constelación de demandas que implica el pasaje a la defensa y disputa por el territorio en relación con la Soberanía Alimentaria, la Agroecología y la Reforma Agraria Integral y Popular, hay un proceso de resignificación y repolitización del sujeto campesino que se fortalece frente a otras denominaciones “despolitizadas” como las de minifundistas, pequeños productores, agricultores familiares, entre otras.

Pero esta identidad campesina también aparece atravesada, a lo





largo de todo este período de luchas por otras identidades, también politizadas, que la enriquecen, complementan y tensionan, como la de los trabajadores rurales, los trabajadores de la tierra, entre otras identidades. Lo que marca esta reificación identitaria es, entonces, que el campesinado en la Argentina se encuentra en permanente (re)construcción, anclada en los territorios y las luchas que protagoniza y es en esas mismas acciones colectivas y procesos de territorialización en donde la identidad campesina encuentra sus clivajes principales y su propio dinamismo.

Los territorios campesinos actúan entonces como reservorio de esta capacidad de lucha y supervivencia del sujeto campesino, mostrando a una clase resiliente, dinámica y que no sólo resiste a los diferentes embates, despojos y arrinconamientos del sistema hegemónico, sino que propone y ensaya experiencias sociales alternativas, de forma integral y ancladas en los territorios, en torno a las diferentes esferas de la vida social: agroecología y producción cooperativa, salud comunitaria, educación y comunicación popular, entre múltiples dimensiones de la territorialidad campesina en las diferentes geografías de nuestro país, desde zonas rurales alejadas de los centros urbanos, hasta territorios campesinos rururbanos en el (des)borde de las grandes ciudades.

Esta territorialidad expandida le ha permitido al campesinado conformar redes de articulación cada vez más sostenidas con sectores populares urbanos, a través de luchas comunes en defensa de los territorios y frente al extractivismo. En estas ciudades también se despliegan cadenas alternativas de comercialización de alimentos, acercando como nunca antes a productores campesinos con los consumidores urbanos de forma directa.

Por otra lado, se observa en el último período abordado un viraje importante respecto a la vinculación de los movimientos campesinos respecto al Estado, incluyendo la participación directa en las políticas públicas y gestión de cargos de gobierno tanto a nivel nacional como en niveles provinciales y locales, así como experiencias de co-gestión, propuestas de políticas públicas e, incluso, participación directa en la

arena político-electoral. A diferencia de etapas anteriores de las luchas campesinas, actualmente la contradicción y tensión con el Estado se combina con cada vez más vasos comunicantes con las arenas de negociación, articulación e incluso incorporación plena a las estructuras estatales.

Esta dinámica se combina y tensiona con formas de territorialización contrahegemónica que se producen desde sus espacios de base, alejados de estas disputas institucionales y donde se mantienen prácticas disruptivas y autónomas. Es decir, no deja de ser un proceso complejo, plagado de tensiones, disputas y contradicciones, incluso al interior de los propios movimientos campesinos.

Así, en los albores del siglo XXI el campesinado en la Argentina sigue luchando por sobrevivir con sus modos de vida campesina; lo mismo por lo que luchaban sus antepasados de clase en las rebeliones campesinas europeas desde el siglo XIX, los campesinos rusos del siglo XIX y de la Revolución de 1917-1921, los campesinos de la Revolución Mexicana de 1910-1920 y de tantas rebeliones y revoluciones en el convulsionado siglo XX latinoamericano. Hoy en día, sigue presente esa vieja consigna campesina, tan “rústica” como radical, de “Tierra y Libertad” o, de forma más actualizada, “Territorio y Libertad”.

Bibliografía

Archetti, E. P. y Stølen, K. A. (1975). *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Arcondo, A. (1980). “El conflicto agrario argentino de 1912. Ensayo de interpretación”, en *Revista Desarrollo Económico*, Vol. 20, N° 79, octubre-diciembre. Buenos Aires.

Astelarra, S. et al (2014). “Recampesinación y recreación política del campesinado en un escenario de despliegue de los agronegocios. El





caso de las reservas campesinas en el Chaco”, en *Veredas: Revista del Pensamiento Sociológico*, (28), 405-432. México.

Azcuy Ameghino, E. (2012). “En torno del Grito de Alcorta y apuntes sobre la conflictividad agraria pampeana en el siglo XX”, en *Realidad económica*, 272, 105-126. Buenos Aires.

Barbetta, P., y Domínguez, D. (2016). “Derecho a la tierra y activismo rural en Argentina: De las Ligas Agrarias a los movimientos campesinos”, en *Alternativa. Revista de Estudios Rurales*, 3(6), Article 6. Córdoba.

Bartolomé, L. J. (1982). “Base social e ideología en las movilizaciones agraristas en Misiones entre 1971 y 1975 Emergencia de un populismo agrario”, en *Desarrollo Económico*, 22(85), 25-56. Buenos Aires.

Bayer, O. (1974). *Los vengadores de la Patagonia Trágica*. Buenos Aires: Galerna.

Bengoa, J. (2009). “¿Una segunda etapa de la Emergencia Indígena en América Latina?”, en *Cuadernos de antropología social*, 29, 7-22. Buenos Aires.

Berger, J. (2006). *Puerca tierra*. Buenos Aires: Alfaguara.

Bidaseca, K., y Lapegna, P. (2006). “El Grito de Alcorta revisitado: Cultura y sentimientos en la acción colectiva”, en *Anuario*, 21, 309-336. Rosario.

Bonaudo, M. y Godoy, C. (1985). “Una corporación y su inserción en el proyecto agro-exportador: la Federación Agraria Argentina (1912-1933)”, en *Revista Anuario N° 11*. Rosario.

Castoriadis, C. (2010). *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires: Tusquets.

Chayanov, A. (1981). Sobre la teoría de los sistemas económicos no capitalistas. En *Chayanov y la teoría de la economía campesina* (pp. 49-79). Ediciones Pasado y Presente.

Ferrara, F. (1973). *Qué son las ligas agrarias: Historia y documentos de las organizaciones campesinas del Nordeste argentino*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

_____ (2007). *Los de la tierra: De las Ligas Agrarias a los Movimientos Campesinos*. Buenos Aires: Tinta Limón.

Galafassi, G. (2005). "Rebelión en el campo. Las Ligas Agrarias de la región Chaqueña y la discusión del modelo dominante de desarrollo rural (1970-1976)", en Lázaro & Galafassi (Comp.), *Sujetos, política y representación del mundo rural. Argentina 1930-1975*. Buenos Aires: Siglo XXI.

_____ (2008). "El Movimiento Agrario Misionero en los años setenta. Protesta, movilización y alternativas de desarrollo rural", en *Revista Herramienta*, 38 Año XII. Buenos Aires.

García Guerreiro, L., & Wahren, J. (2016). "Seguridad Alimentaria vs. Soberanía Alimentaria: La cuestión alimentaria y el modelo del agro-negocio en la Argentina", en *Trabajo y Sociedad*, 26. Santiago del Estero.

García Guerreiro, L., Hadad, G., & Wahren, J. (2018). "De (re)emergencias y resistencias territoriales: La lucha campesina e indígena en la Argentina contemporánea. REMS", en *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*. Mar del Plata.

Giarracca, N., & Aparicio, S. (1991). *Los campesinos cañeros: Multi-ocupación y organización*. Cuadernos N°3. Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Buenos Aires.

Giarracca, N. (Ed.) (1999). *Estudios rurales: Teorías, problemas y estrategias metodológicas*. Buenos Aires: La Colmena.

Giarracca, N., y Teubal, M. (2008). Del desarrollo agroindustrial a la expansión del agronegocio: El caso argentino. En B. Mancano Fernandez, *Campesinato e agronegócio na América Latina: A questão agrária atual*. San Pablo: Expressao Popular-CLACSO.

Grela, P. (1958). *El grito de Alcorta: Historia de la rebelión campesina de 1912*. Buenos Aires: Tierra Nuestra.

Hadad, G., Palmisano, T., & Wahren, J. (2020). *Argentina Informe 2019. Acceso a la tierra y el territorio en Sudamérica* (Informe 2019. Acceso a la tierra y el territorio en Sudamérica, pp. 43-76). Instituto para el Desarrollo Rural de Sudamérica.





- Lasa, C. (1990). "Un proceso de mediación política. El Movimiento Rural y las Ligas Agrarias Chaqueñas", en *Sociedad y Religión* nº 7. Buenos Aires.
- Melucci, A. (1991). "La acción colectiva como construcción social", en *Estudios Sociológicos*, 9(26), 357-364. México.
- _____ (1994). "Asumir un compromiso: Identidad y movilización en los movimientos sociales", en *Zona abierta*, 69, 153-180. Madrid.
- Paz, R. (2006). "El campesinado en el agro argentino: ¿repensando el debate teórico o un intento de reconceptualización?", en *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, 81, 65-85. Amsterdam.
- Pinto, L. H. (2020). "Agroecología y recampesinización cualitativa en el agro argentino contemporáneo (2014-2019)", en *Boletín de Estudios Geográficos*, 113, 161-180. Mendoza.
- Porto-Gonçalves, C. W. (2002). Da geografia ás geo-grafías: Um mundo em busca de novas territorialidades. En A. E. Ceceña & E. Sader (Eds.), *La Guerra Infinita: Hegemonía y terror mundial*. Buenos Aires: CLACSO.
- Roze, J. P. (1992). *Conflictos agrarios en la Argentina: El proceso liguista*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Sevilla Guzmán, E. (1983). Apéndice a la primera parte: una breve incursión por "la otra sociología rural", en Newby, Honrad y Sevilla Guzmán, Eduardo, *Introducción a la Sociología Rural*. Madrid: Alianza.
- Sevilla Guzmán, E. y González de Molina, M. (2004). Sobre la evolución del concepto de campesinado en el pensamiento socialista. Un aporte para la Vía Campesina, en http://www.pronaf.gov.br/dater/arquivos/evolucion_del_concepto_de_campesinado.pdf
- Shanin, T. (1983). *La clase incómoda: Sociología política del campesinado en una sociedad en desarrollo (Rusia 1910 - 1925)*. Madrid: Alianza.
- Solberg, C. (1971). "Rural Unrest and Agrarian Policy in Argentina, 1912-1930", en *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, Vol. 13, N° 1 (Jan).

Svampa, M. (2012). "Consenso de los commodities, giro ecoterritorial y pensamiento crítico en América Latina", en *Observatorio Latinoamericano y Caribeño, Año XIII(32)*. Buenos Aires.

Tapia, L. (2008). *Política Salvaje*. La Paz: CLACSO - Muela del diablo.

Tarrow, S. (2009). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza.

Tilly, C. (2019). Acción colectiva. *Apuntes de Investigación del CECYP, 0(6)*, 9-32.

Toledo, V. M. (1992). "Utopía y Naturaleza. El nuevo movimiento ecológico de los campesinos e indígenas de América Latina", en *Nueva sociedad, 122*, 72-85. Buenos Aires.

Vommaro, P. (2011). "Movilización social desde el protagonismo juvenil: Experiencias de dos organizaciones rurales argentinas", en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud, 9 (1)*, 191-214. Manizales.

Wahren, J. (2011). Territorios Insurgentes: La dimensión territorial en los movimientos sociales de América Latina. IX Jornadas de Sociología, Buenos Aires.

Zibechi, R. (2003). "Los movimientos sociales latinoamericanos: Tendencias y desafíos", en *Observatorio Social de América Latina, 9*. Buenos Aires.

Zubimendy, M. A. y Sampaoli, P. (2019). "La Patagonia rebelde en el noreste de Santa Cruz. Nuevos estudios a partir del manuscrito inédito de un peón rural", en *Ejes de Economía y Sociedad, 3(4)*, 102-122. Paraná.

